

la europa de entreguerras

Francisco Sevillano Calero




EDITORIAL
SÍNTESIS

LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

El orden trastocado

Temas de Historia Contemporánea
Coordinadora: PILAR TOBOSO SÁNCHEZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

El orden trastocado

Francisco Sevillano Calero



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Francisco Sevillano Calero

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-047-1
Depósito Legal: M-27.564-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LOS ORÍGENES DE LA GUERRA DE 1914	15
1.1. <i>La crisis de julio de 1914</i>	16
1.2. <i>La formación de un nuevo equilibrio estratégico en el “concierto europeo”</i>	18
1.3. <i>La ruptura del sistema de equilibrios (1890-1898)</i>	20
1.4. <i>El sistema bipolar de bloques: la Triple Alianza y la Triple Entente (1898-1913)</i>	24
1.5. <i>El debate sobre las responsabilidades en el estallido de la guerra en Europa</i>	29
2. LA GRAN GUERRA (1914-1918)	35
2.1. <i>El estallido de la guerra y el “espíritu de agosto”: opinión y movilización cultural</i>	35
2.2. <i>La guerra de movimientos y la expectativa de una guerra corta</i>	40
2.2.1. Las batallas de fronteras	40
2.2.2. La carrera hacia el mar	43
2.2.3. La guerra en los frentes oriental y otomano	46
2.3. <i>La guerra de trincheras y de desgaste</i>	51
2.3.1. El inicio de la guerra en el mar	51
2.3.2. Las ofensivas de 1915 y el avance alemán en el este	52
2.3.3. El nuevo frente italiano y la guerra en los Balcanes	59
2.3.4. Las grandes batallas en los frentes de guerra	61
2.3.5. Hacia la guerra de ruptura en el frente occidental	64

2.4.	<i>Guerra y revolución en el este</i>	68
2.4.1.	<i>Guerra y revolución en Rusia</i>	68
2.4.2.	<i>La descomposición del Imperio ruso</i>	79
2.5.	<i>El retorno de las grandes ofensivas en el frente occidental y el hundimiento de los Imperios centrales</i> ..	83
2.5.1.	<i>Las ofensivas alemanas de la primavera y el verano de 1918</i>	83
2.5.2.	<i>Hacia el armisticio</i>	88
3.	LOS TRATADOS DE PAZ Y LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA	91
3.1.	<i>El tratado de Versalles y los acuerdos de paz</i>	91
3.1.1.	<i>Los presupuestos de la “nueva diplomacia” wilsoniana</i>	92
3.1.2.	<i>Los tratados de paz</i>	95
3.2.	<i>Las pérdidas humanas</i>	101
3.2.1.	<i>Las pérdidas humanas de la guerra</i>	101
3.2.2.	<i>La pandemia mundial de gripe de 1918</i>	106
3.3.	<i>Las consecuencias económicas de la guerra</i>	108
3.4.	<i>Las transformaciones del mundo laboral y social</i>	114
3.5.	<i>Los cambios mentales y el nacimiento de los tiempos modernos</i>	120
4.	SALIR DE LA GUERRA: DESMOVILIZACIÓN Y CONFLICTO EN LA POSGUERRA	125
4.1.	<i>Desmovilización y “brutalización” política</i>	125
4.1.1.	<i>La desmovilización</i>	126
4.1.2.	<i>El fenómeno del excombatismo y la violencia política</i>	129
4.2.	<i>La guerra civil en Rusia</i>	132
4.2.1.	<i>La intervención aliada y las ofensivas contrarrevolucionarias en el Volga y el Cáucaso</i> ..	135
4.2.2.	<i>La guerra en Siberia</i>	137
4.2.3.	<i>La ofensiva “blanca” en el sur de Rusia</i>	138
4.2.4.	<i>El final de la guerra: la campaña de Polonia y la guerra en Crimea</i>	139
4.3.	<i>Hacia la revolución mundial: revolución y reacción en Europa central</i>	140
4.3.1.	<i>La “revolución de noviembre” de 1918 en Alemania</i>	142

4.3.2.	La proclamación de la República de Weimar y la revolución “roja” de Baviera. El golpe de Knapp.....	148
4.3.3.	Revolución y contrarrevolución en el Báltico y Europa central	151
4.3.4.	Las migraciones forzadas en Europa central y del Este.....	154
4.4.	<i>En los márgenes de Europa: la guerra greco-turca y la independencia irlandesa</i>	15a6
4.4.1.	La guerra greco-turca	156
4.4.2.	La independencia de Irlanda y el nacimiento de la Commonwealth	162
5.	UNA ÉPOCA DE EXTREMOS: LA DEMOCRACIA AMENAZADA	165
5.1.	<i>La quiebra de las democracias</i>	165
5.2.	<i>El movimiento fascista y la oleada autoritaria en Europa</i>	168
5.2.1.	El fascismo italiano como movimiento populista	168
5.2.2.	La oleada populista transnacional: el nazismo alemán.....	182
5.2.3.	Las dictaduras ibéricas	188
5.3.	<i>“Un fantasma recorre Europa”: el internacionalismo comunista</i>	194
5.3.1.	La III Internacional: orígenes y estrategias del internacionalismo comunista	194
5.3.2.	La cultura política comunista.....	204
5.4.	<i>La crisis de la conciencia europea</i>	208
6.	LA PAZ Y EL ORDEN INTERNACIONAL	213
6.1.	<i>El movimiento por la paz</i>	213
6.2.	<i>La Sociedad de Naciones</i>	216
6.3.	<i>La labor de la Sociedad de Naciones y la política internacional</i>	225
6.4.	<i>La idea de una Europa unida</i>	231
7.	LA CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL Y LAS ALTERNATIVAS AL CAPITALISMO	235
7.1.	<i>La euforia capitalista</i>	235
7.2.	<i>El crac de 1929 y la Gran Depresión</i>	238
7.2.1.	La crisis bursátil	238

7.2.2. La crisis financiera y económica	240
7.2.3. Las causas de la depresión económica	242
7.3. <i>Las salidas a la depresión</i>	245
7.4. <i>La "tercera vía": el corporativismo</i>	249
7.4.1. El corporativismo fascista italiano	251
7.4.2. La institucionalización corporativa de las dictaduras mediterráneas	260
7.4.3. El corporativismo austro-fascista	270
8. UN PERÍODO DE EXTREMOS	275
8.1. <i>En la cresta de la ola populista</i>	275
8.1.1. El ascenso del nazismo al poder en Alemania	275
8.1.2. La Internacional fascista	283
8.2. <i>El Frente Popular y el antifascismo</i>	288
8.2.1. El origen del Frente Popular en Francia	288
8.2.2. La táctica del Frente Popular en la Internacional Comunista	293
8.2.3. El Frente Popular en España	297
9. LA POLÍTICA DE APACIGUAMIENTO Y EL FINAL DE LA EUROPA DE VERSALLES	305
9.1. <i>La guerra de España y la política de apaciguamiento</i>	305
9.2. <i>Hacia el "nuevo orden" europeo</i>	309
9.2.1. El debate sobre la política exterior de Hitler	310
9.2.2. El fracaso de la política de apaciguamiento	314
SELECCIÓN DE TEXTOS	323
<i>Cuatro ideas sobre decadencia</i>	323
1. <i>La decadencia de Occidente</i>	323
2. <i>La traición de los intelectuales</i>	325
3. <i>La rebelión de las masas</i>	326
4. <i>La Era del Jazz</i>	327
FILMOGRAFÍA	329
1. <i>La memoria de la Gran Guerra</i>	330
1.1. Sin novedad en el frente	331
1.2. La gran ilusión	331

Índice

1.3. Senderos de gloria.....	332
2. <i>Revolución y utopía comunista</i>	333
2.1. El acorazado <i>Potemkin</i>	334
2.2. Octubre	335
2.3. La línea general (Lo viejo y lo nuevo).....	335
3. <i>Capitalismo y distopía social</i>	336
3.1. Metrópolis	337
3.2. Las Hurdes, tierra sin pan	338
3.3. Tiempos modernos	339
4. <i>El "nuevo orden": fascismo y nazismo.</i>	340
4.1. Camicia nera	341
4.2. El triunfo de la voluntad	342
4.3. El judío Süß	342
CRONOLOGÍA	345
BIBLIOGRAFÍA	349

2

LA GRAN GUERRA (1914-1918)

2.1. *El estallido de la guerra y el “espíritu de agosto”: opinión y movilización cultural*

La guerra de 1914 no se limitó a la dimensión militar entre los estados beligerantes, en los frentes occidental y oriental, sino que pronto se evidenció como una movilización y una experiencia colectiva de dimensiones hasta entonces desconocidas en los distintos frentes de combate, las zonas ocupadas y las respectivas retaguardias. La prolongación y la intensidad de una guerra que se preveía corta no solo desbordó las previsiones iniciales de los planes y los objetivos de guerra de los estados beligerantes, sino que transformó la naturaleza de la guerra en una moderna “guerra industrial”, de carácter “total” (Prost y Winter, 2004; Audoin-Rouzeau y Becker, 2012; Hirschfeld, Krumeich y Renz, 2014; Strachan, 2001; Becker y Krumeich, 2008; Stevenson, 2013; y Leonhard, 2014, así como las aportaciones reunidas en Horne, 2010a y Winter, 2014).

En la coyuntura bélica que comenzó el 28 de julio de 1914, ninguno de los contendientes había previsto un conflicto largo en sus objetivos de

guerra. Sin embargo, desde su estallido, la guerra supuso una ruptura profunda, no solo por sus dimensiones geográficas y cuantitativas, sino también por la agitación de valores y actitudes, que cristalizaron rápidamente en torno a la idea de comunidad nacional, así como por la naturaleza extrema de la violencia que desató en los frentes de combate y contra la población civil (Horne, 2010b, 12). Se trató de una guerra de nuevas dimensiones, como ocurrió por su extensión geográfica: en su origen, fue una guerra en territorio europeo, que pronto fue mundial. Las metrópolis arrastraron a las colonias, en especial en el África subsahariana; la movilización afectó a millones de hombres distribuidos en extensos frentes de combate: el frente occidental, entre Bélgica y Francia en una guerra defensiva contra la invasión alemana; el frente oriental, donde el Ejército imperial ruso atacó las posiciones prusianas y a Austria-Hungría; el frente balcánico, con la invasión austrohúngara de Serbia. Una guerra que se extendió al Extremo Oriente, donde Japón atacó las posesiones alemanas dentro de sus propósitos expansionistas.

En la opinión pública francesa, cautivada y dividida a lo largo de todo el mes de julio por el caso Cailloux (el juicio por asesinato contra Henriette Claretie Cailloux, la esposa de Joseph Cailloux, ministro de Hacienda de la tercera república y jefe del Partido Radical), la entrada en la guerra provocó sorpresa, pues no se preveía como inminente. La reacción que siguió fue la de un sentimiento de agresión ante la ocupación alemana de Luxemburgo y la invasión de Bélgica. Este hecho sacudió asimismo la opinión británica, que había permanecido extraña a la posibilidad de una guerra en Europa. Se trató de una reacción transnacional, que más allá de los contendientes, afectó a los países que inicialmente se declararon neutrales, dividiéndose inmediatamente la opinión pública y sus políticas internas en torno al “intervencionismo” o no, y entre “aliadófilos” o “germanófilos”. El 2 de agosto, el Gobierno del conservador Salandra declaró la neutralidad italiana, pretextando que Italia solo estaba obligada a intervenir en el conflicto con la Alianza en caso de una guerra defensiva no provocada por uno de los estados miembros del pacto. Ello provocó un fuerte rechazo de los sectores más nacionalistas y de aquellos proclives a apoyar a los Imperios centrales. La deriva intervencionista en el caso italiano muestra cómo la suerte de la neutralidad dependió de las cambiantes circunstancias internas de cada país, como ocurrió en Portugal tras el golpe de Estado del 14 de mayo de 1915. Además de la neutralidad perpetua de Suiza y la neutralidad autoimpuesta

de los Países Bajos desde 1839, el 7 de agosto de 1914 el Gobierno conservador de Eduardo Dato estableció, a través de la publicación de la orden en *La Gaceta de Madrid*, “la más estricta neutralidad a los súbditos españoles” en la guerra que se había declarado. Noruega y Suecia pactaron una declaración conjunta de neutralidad el 8 de agosto. El 19 de diciembre, Gustavo V de Suecia acogió en Malmö a Christian X de Dinamarca y a Haakon VII de Noruega, reafirmando la neutralidad de los países escandinavos.

La referencia al “espíritu de 1914” evoca la explosión de entusiasmo popular y de efervescencia patriótica en cada una de las naciones en guerra, una vez que estalló. Esta imagen general se ha ido matizando pues, aún la movilización y exaltación del nacionalismo agresivo a finales de julio y en las semanas siguientes, no fue la guerra del pueblo, sino una guerra de gabinetes, al menos hasta las movilizaciones de agosto de 1914. El estallido de la guerra produjo un *shock* en amplios sectores de la población, sobre todo en el mundo rural, con reacciones de resignación e inquietud. El rechazo pacifista ante la exaltación nacionalista provocó importantes manifestaciones encabezadas por los socialistas representantes de la II Internacional y las formaciones sindicalistas, multiplicándose los incidentes entre “patriotas” y “antimilitaristas”, como ocurrió con el asesinato del diputado socialista francés y decidido pacifista Jean Jaurès por un joven estudiante nacionalista en la tarde del 31 de julio de 1914. Al día siguiente, Francia comenzó la movilización general. El apoyo popular inicial y la movilización general sin apenas disidencias en las naciones en guerra, sobre todo en las capitales, obedecieron a la percepción de que se trataban de guerras defensivas, que se presuponían breves. La amenaza de invasión y ocupación empujó a responder masivamente a la llamada a las armas para luchar en defensa de la patria, con la creencia de que las causas respectivas eran las más justas: la defensa propia contra la agresión del invasor (Neiberg, 2011).

La unión política de los franceses se debió al hecho mismo de la agresión alemana, más que a la voluntad revanchista. La fórmula *Union sacrée* expresó la unidad para la defensa nacional. Esta fórmula simbólica fue expresada en un mensaje del presidente de la república francesa, Raymond Poincaré, que fue leído por el primer ministro René Viviani el 4 de agosto en la Asamblea Nacional y el Senado: “Dans la guerre qui s’engage, la France aura pour elle le droit, dont les peuples, non plus que les individus, ne sauraient impunément méconnaître l’éternelle puissance morale. Elle sera héroïquement défendue par tous ses fils, dont rien ne brisera devant l’ennemi l’union sacrée et qui son aujourd’hui

fraternellement assemblés dans une même indignation contre l'agresseur et dans une même foi patriotique" ["En la guerra que se libra, a Francia le asistirá el derecho, pues los pueblos, así como los individuos, no podrán desconocer impunemente el eterno poder de la moral. Francia será defendida heroicamente por todos sus hijos, entre los que nada romperá la unión sagrada ante el enemigo, y que hoy están fraternalmente unidos por la misma indignación contra el agresor y la misma fe patriótica"] (Poincaré, 1927, IV, 546). Los 18 proyectos de ley presentados por el Gobierno para poner al país en estado de guerra fueron examinados apresuradamente por los comités y, sin debate, se aprobaron por unanimidad en la Asamblea y el Senado. Al final de la sesión, las Cámaras decidieron suspender sus sesiones indefinidamente y dejar en manos del Gobierno la dirección de la guerra. La convicción de una guerra corta y victoriosa explica en gran medida esta decisión. Ese mismo día, se declaró el estado de sitio, quedando todo el territorio nacional y los departamentos de Argelia bajo el mando militar. El 24 de agosto, en la reorganización del Gobierno radical de Viviani, fueron integrados tres ministros republicanos y dos ministros socialistas, si bien no formaron parte del nuevo Ejecutivo representantes de la extrema derecha nacionalista ni de la derecha católica (Becker, 1977 y 1988).

En Rusia, a pesar de la gran expectación que el estallido de la guerra suscitó como acontecimiento para la transformación de la nación, solo una minoría manifestó entusiasmo patriótico y exaltación nacionalista, sobre todo las clases "educadas" y los intelectuales, aunque pocos se opusieron a la declaración de guerra. En las semanas de agosto se dio un ambiente colectivo de unidad nacional, en la que fue llamada la "Segunda guerra patriótica", bajo el lema "Fe, zar y patria". Se sucedieron la sed de noticias, las expresiones de odio violento contra el enemigo y el amor contrariado por el zar, con un protagonismo del clero ortodoxo, que alentó al sacrificio patriótico en una guerra santa, justa moralmente. Sin embargo, la reacción de la mayoría de la población rusa osciló entre la inquietud y la resignación. Particularmente, la guerra precipitó que el campesinado fuera movilizadom masivamente en el Ejército Imperial. En general, el encuadramiento militar provocó un desgarramiento familiar, un cambio de escenario y la reconfiguración de sus puntos de referencia espaciales, sociales, morales y políticos; fue un lugar de aprendizaje de otro modo de vida diferente a los hábitos de la vida civil (Sumpf, 2014, 45-60; Stockdale, 2016).

En Alemania, la guerra era algo esperado al ser vista como inevitable. Según Gerhard Hirschfeld, el entusiasmo patriótico tras el rechazo por parte

del Gobierno serbio del ultimátum austrohúngaro el 25 de julio se expresó especialmente en las grandes ciudades, las capitales principescas y las ciudades residenciales de la monarquía (entre otras, Hamburgo, Fráncfort, Leipzig, Núremberg, Karlsruhe, Múnich, Stuttgart, Königsberg), así como en la mayoría de las ciudades universitarias (como Friburgo y Jena). Por el contrario, las manifestaciones fueron pocas o ninguna en las ciudades de la región del Ruhr y en las provincias fronterizas (Sarre, Alsacia, Prusia Oriental). En particular, los miembros de la clase media conservadora respondieron a las noticias de la guerra contra Serbia con procesiones y cantos públicos de canciones patrióticas (*Wacht am Rhein*, *Gott Erhalte Franz den Kaiser*). El entusiasmo de julio se dio principalmente entre jóvenes de clase media, incluidos numerosos estudiantes. Sin embargo, el número de participantes en las manifestaciones patrióticas de las últimas semanas de julio fue moderado comparativamente. En contraste, solo en la gran manifestación contra la guerra del SPD en Berlín el 28 de julio, más de 100 000 personas participaron, a pesar de que fue prohibida. Con la entrada de Alemania en guerra el día 1, y la inmediata declaración del estado de guerra en todo el Imperio, el espíritu de agosto (*das Augusterlebnis*) desató manifestaciones de júbilo colectivo: hubo procesiones patrióticas, cantos espontáneos de canciones patrióticas (especialmente en las numerosas cervecerías al aire libre y los cafés en la calle) y homenajes al emperador. Pero en aquel volcán de sentimientos se dieron percepciones muy diferentes del comienzo de la guerra: temor ante la incertidumbre que se avecinaba, preocupación por el futuro profesional y familiar de cada uno, pero también la descarga de una inmensa tensión mental. Aun así, prevaleció colectivamente la armonía con el espíritu de la nación y la euforia de la unidad en agosto fue exhibida y difundida de manera ubicua, sobre todo por la prensa. Ello estuvo acompañado, particularmente en las ciudades más grandes, por el regocijo en las calles y otras erupciones de sentimientos nacionales, que estaban por todas partes, pero mezcladas con temores sobre la supervivencia y la ansiedad por el futuro, sobre todo en las regiones rurales. La tregua política y el espíritu de agosto como comunión nacional fue conocido como *Burgfrieden*. El paso de la paz a la guerra fue experimentado colectivamente como un momento liminal en la unidad nacional. En la memoria colectiva quedaría la nostalgia de un mundo mejor, pero irreversiblemente perdido: el de la fraternidad de aquel verano de 1914 como expresión de la comunidad del pueblo, *Volksgemeinschaft* (Verhey, 2000).

2.2. *La guerra de movimientos y la expectativa de una guerra corta*

2.2.1. Las batallas de fronteras

La brevedad y el éxito de la ejecución del plan Schlieffen, inspirado en la batalla histórica de Cannas, dependía tanto del factor sorpresa como de una abrumadora mayoría de medios, con una concentración masiva de fuerzas en el ala derecha del ejército alemán. Sin embargo, el general Moltke “el Joven”, sobrino del mariscal Helmuth Moltke, rectificó el plan para evitar correr excesivos riesgos en el ala izquierda del Ejército alemán y en Prusia oriental, protegidas solo con tropas de contención. Moltke hizo cambios sustanciales en el concepto ofensivo esbozado por Schlieffen en el memorándum de 1905. Además del desplazamiento de cuatro divisiones al frente oriental, los ejércitos VI y VII alemanes se concentrarían a lo largo de la frontera común para defender Alsacia-Lorena ante una posible invasión francesa. La contraofensiva alemana a través de la meseta de Lorena constituiría una segunda maniobra de envolvimiento por el sur, de modo que las dos alas de los ejércitos alemanes confluyesen en Champaña. Moltke también alteró el curso del avance de los ejércitos alemanes al norte, en su ala derecha, para no invadir los Países Bajos, pues debían permanecer como una ruta abierta para las importaciones y exportaciones, evitando que los británicos se sirviesen de este territorio como base de operaciones. La plaza fortificada de Lieja, como nudo ferroviario, se convirtió en el objetivo principal para penetrar en Bélgica, siendo tomada el 16 de agosto, mientras que Bruselas fue ocupada el día 20. Para el mando alemán, lo más importante era que el avance fuese muy rápido, durante no más de cuatro semanas. Esta necesidad es una de las explicaciones de las atrocidades cometidas en el transcurso del avance a través de Bélgica, que acabó provocando el nerviosismo de los ocupantes alemanes, pues no habían previsto una eventual resistencia belga y estimaron que esta no solo era “ilegal”, sino que sobre todo amenazaba la rapidez de la marcha hacia París.

La evocación propagandística de las atrocidades cometidas por los alemanes durante el avance en Bélgica y el norte de Francia puso el acento imaginario en algunos crímenes particularmente horribles y singularmente simbólicos, como “las manos cortadas” a niños e incluso a bebés. A pesar

de estos rumores, las ejecuciones colectivas fueron una realidad (en torno a unos 6500 civiles), lo mismo que las violaciones individuales, así como las destrucciones de inmuebles sin valor militar (unos 20 000 edificios), y el ataque a monumentos históricos, como fue el célebre caso de la quema de la Biblioteca de la Universidad de Lovaina. La explicación de las ejecuciones se ha relacionado con la obsesión de los alemanes por los francotiradores, cuya existencia fue más propia del mito de la guerra de 1871 (Horne y Kramer, 2001). En particular, se ha explicado la violencia desmesurada de la guerra, sobre todo en el caso alemán, como la práctica militar de lógicas de destrucción que ya habían sido empleadas en las campañas coloniales, siendo igualmente el resultado de una cultura militar específica de preguerra, compartida por jefes y oficiales, quienes veían la lógica de la violencia extrema como solución final o total a los problemas económicos y estratégicos del conflicto (Hull, 2005, obra que adolece de una falta de perspectiva comparativa).

De manera más general, las prácticas violentas de los beligerantes y las mutuas acusaciones de atrocidades se enmarcaron en la intensa movilización cultural y la elaboración de estereotipos en las “culturas de guerra” que se formaron tras el estallido del conflicto, es decir, fueron parte de un conjunto de formas discursivas que se propagaron y mediante las que se comprendió la guerra que se vivía. Los beligerantes percibieron la guerra como un conflicto para defender su cultura, e incluso expandirla. En ese sentido, había un vínculo conceptual entre la destrucción cultural y los asesinatos en masa, incluyendo a los enemigos civiles y no combatientes, considerandos en mayor o menor medida como objetivos de la política de guerra, incluso como objetos legítimos de violencia (Kramer, 2007).

El Estado Mayor francés, al mando del general de división Joseph Joffre, contaba para su defensa con el “Plan XVII”, adoptado en 1911. Este plan contemplaba solo la posibilidad de una ofensiva frontal en la zona de las Ardenas, atacando así el centro del Ejército alemán, que se suponía que no movilizaría a sus reservistas. Las operaciones francesas comenzaron el día 14 de agosto. Mientras, el Cuerpo Expedicionario Británico (BEF) había desembarcado y tomó posiciones en las Ardenas. La ofensiva francesa fracasó en Lorena, en la batalla de Sarrebourg-Morhange, los días 18-20 de agosto. El resultado de las “batallas de frontera” fue la derrota y la retirada. El Alto Mando alemán, tras la invasión de Bélgica y la ocupación alemana de Mons y Charleroi (22 y 24 de agosto), creyó que la victoria estaba a su

alcance. Ello provocó la precipitación, que llevó al IV ejército alemán, bajo el mando del copríncipe Rupprecht de Baviera, a atacar desde Lorena unos días antes, el 20 de agosto, fracasando al intentar romper las líneas francesas, que habían empezado a retirarse ordenadamente. Por su parte, el general Moltke había decidido desplazar dos cuerpos de ejército a Prusia oriental ante la amenaza de los rusos. En plena retirada de los ejércitos franceses, el general Joffre tuvo que modificar el dispositivo general de sus tropas, que desplazó hacia el norte para poder restablecer el equilibrio de fuerzas entre el ala derecha alemana y el ala izquierda francesa. Consiguió su propósito, pero tenía dudas en cuanto a la elección de la línea de detención de la retirada y en cuanto al momento de la contraofensiva general. La intervención del general de división Gallieni, recientemente repuesto como gobernador militar de París, contribuyó a la decisión. El 4 de septiembre, al percatarse de que la dirección de la marcha del I ejército alemán se modificaba de repente hacia el sureste para perseguir al enemigo en retirada, sin llegar a flanquear París, el general Gallieni movilizó la guarnición de la capital, el VI ejército, hacia el frente, utilizando incluso taxis. La contraofensiva francesa contra el flanco derecho enemigo, mal defendido por las tropas de Von Kluck, desató la batalla del Marne entre el 6 y el 9 de septiembre.

No obstante los retrasos y las dificultades que fueron produciéndose en la ejecución operacional del plan Schlieffen, la convicción alemana en la victoria final en una guerra corta permanecía intacta todavía antes de que se decidiese la suerte en la batalla del Marne, como también se vio animada por la fulminante y aplastante derrota del Ejército imperial ruso en el frente del Este. En esta tesitura, la urgencia de concretar los objetivos de guerra alemanes hizo que el diplomático Kurt Riezler presentase al canciller Bethmann Hollweg el llamado “Programa de Septiembre” (*das Septemberprogramm*) el 9 de septiembre de 1914. Los objetivos generales de guerra, clara expresión de la vieja idea de *Lebensraum* o “espacio vital”, fueron formulados en una declaración introductoria, que afirmaba que, tras que quedase asegurado inminentemente el Reich alemán al oeste y al este, había que debilitar a Francia hasta el punto de que no pudiese volver a surgir como una gran potencia, mientras que Rusia debía ser empujada lo más lejos posible de la frontera alemana, rompiendo su dominio sobre las poblaciones no rusas. La idea de *Mitteleuropa* era central en este programa. La dominación económica y política del Reich debía garantizarse a través de una asociación comercial

en Europa central, dominada por Alemania. En relación con Francia, se señalaba particularmente la posibilidad de exigir la cesión de la estratégica ciudad de Belford, en la región de Borgoña-Franco-Condado, y de la vertiente occidental de los Vosgos, así como la demolición de las fortalezas y la cesión de la costa norte desde Dunkerque hasta Boulogne, en el paso de Calais. Asimismo, se obtendría la cuenca minera de Briey. La indemnización de guerra, pagadera en cuotas, debería ser tan alta que Francia no pudiese invertir en recursos armamentísticos en los siguientes 18 o 20 años. Además, un acuerdo comercial sometería a Francia a la dependencia económica de Alemania, convirtiendo a este país en exportador y eliminando el comercio británico en Francia. Este acuerdo situaría financiera e industrialmente a las empresas alemanas al mismo nivel que las francesas. En Bélgica, Lieja y Verviers serían cedidas a Alemania. Aun manteniendo su independencia, el país quedaría como estado vasallo, con derecho de ocupación en las áreas portuarias de importancia militar frente a Inglaterra. Luxemburgo se convertiría en un estado federal alemán, extendiéndose territorialmente a través de una franja de la provincia valona de Luxemburgo hasta la cuenca minera de Longwy, en Francia. Asimismo, se planteaba la creación de un imperio centroafricano.

2.2.2. La carrera hacia el mar

Aunque el alcance de la contraofensiva en el Marne fue limitado, puesto que el Ejército alemán detuvo su retirada en el Chemin des Dames, en el departamento de Aisne, supuso una victoria decisiva al hacer fracasar el objetivo de Alemania de conseguir un triunfo rápido en una guerra corta. Tan importante como la movilización militar fue la movilización cultural desde el primer momento tras el estallido de la guerra, entendiéndose por tal la participación de las diferentes naciones beligerantes en sus esfuerzos de guerra, tanto en el imaginario, a través de representaciones colectivas y los sistemas de creencias y valores que dan lugar a estas, como organizativamente, a través del estado y la sociedad. La movilización nacional fue, así pues, un proceso esencialmente político y cultural. La guerra que estalló en agosto de 1914 como una guerra corta se vio como un instrumento racional para lograr fines políticos, un mal deplorable pero necesario, o incluso beneficioso para

el desarrollo cultural (Horne, 1997, 2-3). Desde el inicio del conflicto, el sentido general de la guerra quedó polarizado entre las ideas de civilización (*Civilisation*) y cultura (*Kultur*), que apelaban a la defensa por la supervivencia nacional ante la agresión del enemigo y como un enfrentamiento de valores ideológicos antagónicos. El enemigo devino la encarnación de la barbarie por su naturaleza al cometer actos atroces, inherentes a su existencia. La propaganda de guerra difundió un sentimiento de misma pertenencia e identidad común a través de representaciones colectivas contrapuestas. La propaganda y la guerra psicológica construyeron autoimágenes favorables a la propia causa y estereotipos negativos y agresivos del enemigo mediante mitos y representaciones de la comunidad nacional o étnica. A corto plazo, la guerra remedió las fracturas internas y favoreció un fervor nacionalista y de solidaridad. Con el estallido del conflicto se extendió una *mística* de exaltación nacional y belicista, compartida sobre todo por los jóvenes, especialmente los universitarios, y los intelectuales. Para R. N. Stromberg, fueron varios los motivos de esta sacralización de la guerra: el deseo romántico de emociones y aventura, relacionado con la crítica a los valores burgueses; la creencia de que la guerra significaba una renovación espiritual por la ruptura con el pasado en una especie de “estado de ánimo apocalíptico”; y la aparición de un sentimiento de unidad nacional superadora de las divisiones sociales. La ilusión de una guerra breve animó la euforia bélica de voluntarios y combatientes, convencidos de formar parte de un gran evento regenerador de la nación en aras de un mundo mejor (Stromberg, 1982). Para franceses y británicos, Alemania era la expresión del militarismo y el autoritarismo, de la brutalidad encarnada en la alegoría personificada de la “violación de Bélgica”. Para los alemanes, la nación pareció redescubrir su esencia como comunidad cultural y moral, conformada por los valores espirituales de la *Kultur* alemana en oposición al racionalismo sin raíces y el materialismo superficial de la civilización occidental. En particular, los intelectuales y académicos se movilizaron, justificando sus respectivas causas nacionales. La destrucción de la biblioteca universitaria de Lovaina se convirtió en el símbolo de la barbarie alemana. La reacción a nivel internacional provocó la difusión del manifiesto “Aufruf an die Kulturwelt!” (“¡Llamada al mundo cultural!”), el 4 de octubre de 1914. Este manifiesto fue redactado, inspirándose en las 95 tesis de Lutero, por el dramaturgo Ludwig Fulda, siendo traducido a diez idiomas. Como respuesta a las acusaciones aliadas,

el manifiesto fue firmado por 93 científicos, artistas y escritores alemanes, presentando las acusaciones como infundadas, pues Alemania actuaba en defensa de la propia existencia como nación civilizada en una guerra que no había iniciado. Uno de los firmantes, el filólogo clásico Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, fue el promotor de otro manifiesto, la “Erklärung der Hochschullherer des Deutsches Reichs” (“Declaración de los profesores universitarios del Reich alemán”), el 16 de octubre de 1914, que fue firmado por más de 3000 profesores universitarios alemanes, prácticamente casi todo el personal docente de las 53 universidades y escuelas técnicas de Alemania. En el escrito se negaba la distinción entre el espíritu de la ciencia en Alemania y el militarismo prusiano, pues el Ejército y el pueblo alemán eran uno mismo, combatiendo por los beneficios de la paz y la civilización del mundo entero. La reacción ante estos manifiestos desató una guerra cultural a nivel internacional, como ocurrió por parte de 117 académicos intelectuales británicos en su “Reply to manifesto of German professors”, que se publicó el 21 de octubre en el *New York Times*.

El 14 de septiembre, el Káiser había aceptado la dimisión de Moltke como jefe del comando Supremo del Ejército, Oberste Heeresleitung (OHL), siendo sustituido por el general Erich von Falkenhayn. El relanzamiento de las ofensivas produjo sucesivas tentativas de maniobras envolventes recíprocas por las alas de ambos ejércitos, con objeto de sobrepasar al enemigo por el norte y rodearlo, bautizadas con el nombre de “carrera hacia el mar”. Estas operaciones transcurrieron durante la batalla del Yser (17-30 de octubre) y la primera batalla de Ypres (del 19 de octubre al 15 de noviembre). En el transcurso de esta batalla, el 22 de octubre se produjo el ataque masivo de tropas reservistas alemanas, en su mayoría formadas por jóvenes estudiantes voluntarios, contra la línea defensiva británica atrincherada en las afueras de Langemarck, siendo rechazadas con enormes bajas. La insistencia en el ataque acabó provocando una brecha en un sector cercano a Bixschoote, que fue dejado en manos alemanas. Este suceso fue promovido a hito cuando el Alto Mando alemán difundió un comunicado, que pasó a ser emblemático del arrojo y valentía de los soldados alemanes, en el que afirmaba que jóvenes regimientos se habían lanzado, al canto del himno *Deutschland, Deutschland über alles*, al asalto de las primeras líneas de las posiciones enemigas al oeste de Langemark y las habían roto. Hacia el 17 de noviembre, se detuvieron las operaciones de la carrera hacia el mar. El frente

de trincheras, que surgió tras la batalla del Marne, se estabilizó a lo largo de unos 700 km en una línea desde el mar del Norte hasta la frontera suiza, cruzando el Artois y Picardía, hasta Champaña y Lorena.

2.2.3. La guerra en los frentes oriental y otomano

La guerra de movimientos continuaba en el frente oriental. Los planes de guerra de Rusia acabaron priorizando, por presiones de Francia, un doble ataque directo, que ocurrió el 14 de agosto en Prusia oriental y en la Galitzia austriaca, este último para ayudar a Serbia. El día 20 de agosto, las fuerzas rusas hicieron retroceder, en Gumbinnen, a algunas divisiones alemanas. Pero los dos ejércitos rusos, que pretendían un movimiento de tenaza, fueron superados por el contraataque dirigido por el general Hindenburg y su jefe de Estado Mayor Ludendorff, designados por el Alto Mando alemán para alejar el peligro de una invasión más profunda de Prusia oriental. En Tannenberg, el II ejército ruso de Samsonov fue derrotado entre los días 26 y 29 de agosto. En la batalla de los lagos Masurianos, el I ejército ruso de Rennenkampf fue igualmente vencido entre los días 7 y 9 de septiembre. La ofensiva rusa en Prusia oriental había fracasado pero contribuyó a hacer abortar el plan alemán en el oeste. Por otra parte, las grandes batallas del frente oriental hacían pensar que la estabilización del frente occidental era tan solo un fenómeno pasajero. La derrota rusa en Prusia oriental fue compensada con las victorias ante los ejércitos austrohúngaros en tres grandes batallas antes de finalizar el año: las de Lublin-Leópolis (23 de agosto-21 de septiembre), que comportó la retirada de los ejércitos austrohúngaros y la conquista de Galitzia por los rusos; la de Ivangorod-Varsovia (4-28 de octubre), marcada sucesivamente por el avance de las fuerzas germano-austriacas y por su retirada posterior; y la de Lods (11 de noviembre-13 de diciembre), que fue un claro éxito alemán, pero que no pudo ser explotado debido a la insuficiencia numérica de las fuerzas de Hindenburg.

En los Balcanes, la campaña de Serbia comenzó, el 12 de agosto, con la ofensiva del V y VI ejércitos austrohúngaros bajo el mando del general Oskar Potiorek, gobernador de Bosnia-Herzegovina. La ofensiva estaba estancada a los tres días de ser lanzada ante las dificultades del terreno y el rigor del clima, la falta de abastecimientos y la bisoñez de las tropas (en su mayoría

reservistas), y la resistencia serbia en la batalla de Cer (15-19 de agosto), retirándose las fuerzas austrohúngaras más allá del río Drina, entre Bosnia y Sirmia. El 7 de septiembre, dos ejércitos austrohúngaros iniciaron una segunda ofensiva atravesando el Drina, si bien la situación devino durante un mes en una guerra de trincheras, produciéndose una nueva retirada de los atacantes. Los dos ejércitos austrohúngaros lanzaron otro ataque masivo el 16 de noviembre, ocupando Belgrado el 2 de diciembre. La contraofensiva Serbia derrotó al IV ejército austrohúngaro en la batalla de Kolubara entre el 3 y el 9 de diciembre, provocando su retirada del territorio serbio. Tras estas operaciones, el frente se estabilizó (Stone, 1975).

Un tercer frente en el continente acabó abriéndose en el Cáucaso, sobre todo por la decisión del ministro de la Guerra del Imperio otomano, Enver Pachá, de precipitar la intervención final del Gobierno de la Sublime Puerta en la guerra. Tras la suspensión de las capitulaciones de 1841, el cierre de los estrechos a la navegación comercial y la subida de tasas a los residentes extranjeros y las empresas foráneas, Enver Pachá ordenó, el 22 de octubre, al almirante alemán Souchon, quien mandaba una escuadra de dos cruceros alemanes bajo pabellón otomano, el *Goeben* y el *Breslau*, que bombardease los puertos rusos de Odesa, Sebastopol y Novorosiisk en el mar Negro. El ataque, que no había sido aprobado por el Gobierno, fue una manera de provocar la entrada en la guerra. El Imperio zarista, Francia y Reino Unido declararon la guerra al Imperio otomano el 2 de noviembre, anexionándose Reino Unido la isla de Chipre el día 5 (Aksakal, 2010). Las potencias de la Entente creían que el Imperio otomano era el más débil de la Alianza y el beligerante que más fácilmente podría ser derrotado. En noviembre, después de que los otomanos entrasen en guerra, Reino Unido y Francia impusieron un bloqueo marítimo en el litoral del Egeo. Por su parte, la flota mediterránea otomana se concentró en los Dardanelos para proteger Estambul. El día 3 de noviembre, buques británicos y franceses bombardearon las defensas del estrecho de los Dardanelos, destruyendo el fuerte Sedd al Bahr. El día anterior, las tropas del general ruso Bergmann penetraron en territorio otomano en el Cáucaso, adentrándose hacia Erzurum. El contrataque otomano consiguió que las fuerzas rusas hubiesen de retirarse el 11 de noviembre.

En el marco del fracaso de la campaña de Bergmann, el 14 de noviembre se leyó públicamente, en nombre del sultán Mehmed V, el llamamiento a la *yihad* contra la Entente en la mezquita de Fatih, en Estambul. Para